



APUNTES Y RECUERDOS.

PRIMERA PARTE.

Estábamos á principios del año de 1872.

El Plan de la Noria recientemente expedido por el General Porfirio Diaz, había sido recibido por muchos con verdadero entusiasmo. Las actas de adhesión se sucedían unas á otras, y los pronunciamientos secundando dicho Plan eran el pan cotidiano de aquellos días.

El inmenso prestigio que rodeaba al Gral. Diaz con motivo de sus recientes campañas contra los imperialistas y franceses, le daba un renombre que otros hombres menos afortunados envidiaban con razón ó sin ella, pero de cierto que le envidiaban.

Entre los Estados donde más bien y con mayor entusiasmo se recibió la proclama del General Diaz se encontraba Jalisco, del cual

una gran mayoría de ciudadanos tenían á grande estima ser considerados como "Porfiristas." Así se les llamaba y con ese nombre fueron y aún son conocidos casi todos los amigos de la revolución encabezada por tan bizarro caudillo.

La revolución se extendió pronto por todos los Estados de la República. Cierta era que el elemento oficial pretendía á todo trance sostener el orden de cosas establecido, apoyado en la fuerza bruta; pero si el gobierno contaba con un mar de bayonetas para ahogar los impulsos de la revolución, el partido contrario, esto es, el de la oposición, el que proclamaba al General Diaz como su jefe y caudillo, tenía de su parte la simpatía y la opinión pública que anhelaba un cambio radical en la marcha administrativa del país. Y no podía ser de otro modo. Todos ó casi todos los ciudadanos de la República deseaban un cambio en la Administración. Así es que tan luego como se dió á luz el Plan de la Noria, éste fué acogido con beneplácito y secundado con verdadero entusiasmo. Sin embargo, en muchos casos y en muchas partes los pronunciados no contaban con más elementos de combate que la buena voluntad que los animaba, y no tenían otras armas de defensa que su noble pecho, el cual exponían gustosos al destrozo de las balas enemigas,

sirviendo tan generosa sangre de fecundante abono á la tierra que los vió nacer.

El elemento estudiantil era también uno de los que más se distinguían por sus simpatías al General Diaz y á la obra de regeneración por él iniciada.

* * *

—Adios, chico. ¿Qué vientos te traen por aquí? ¿Acaso andas haciendo la *pinta*?

—No, ¿y tú?

—Acabo de salir de cátedra y ando por aquí como ya lo ves, con los libros debajo del brazo.

—¿Y para dónde vas?

—Eso no se dice.

—Se me figura que eres de los nuestros.

—¿Quiénes son los de ustedes?

—Los "Porfiristas."

—¡Cómo! tú?

—Sí, y otros varios compañeros que van adelante y que, como yo, desean prestar sus servicios á los pronunciados.

—¡Chico, dame un abrazo!

—¡De buena gana! ¿No te lo decía que se me figuraba que eras de los nuestros? Desde á legua se conoce que vas en busca de una fuerza pronunciada para sentar plaza en ella.

—Tú lo has dicho, pero no te descubrí des-

de luego mis intenciones porque francamente dudaba que fueras de los nuestros.

—¡Vaya, tú de los nuestros y yo de los tuyos! Eso quiere decir que ambos somos “Porfiristas,” que abrigamos un mismo ideal y que las mismas aspiraciones gravitan en nuestro pecho.

—Pues no lo dudes, yo soy “Porfirista.”

—Y yo también, y como una prueba de simpatía hacia el caudillo de la revolución, y para demostrar mi conformidad con las bases en que ésta se funda, he resuelto abandonar los estudios, la tranquilidad del hogar y todo para lanzarme á la lucha.

—Y por eso andas por aquí con los libros debajo del brazo, lo cual quiere decir que al salir de clase ya ni á tu casa has vuelto.

—Es la verdad.

*
* *

Efectivamente: varios estudiantes abundando en las mejores simpatías hacia la revolución que acababa de estallar, y teniendo á honra ser considerados como “Porfiristas” y ser así llamados, abandonamos los estudios y nos lanzamos á la lucha con todo el entusiasmo que engendra la juventud. Nada nos arredraba. Ibamos á jugar nuestro porvenir, pero lo hacíamos en obsequio de una causa que

considerábamos justa. Era la causa del pueblo que se levantaba en armas para sacudir el yugo de la opresión que lo asfixiaba, y repeler con la fuerza lo que por la fuerza se le quería imponer. Esto nos era bastante por una parte, y por otra, la confianza que nos inspiraba el caudillo de la revolución era más que suficiente para no vacilar en el paso que dábamos.

El dilema era este: O seguir los estudios que con el tiempo nos darían un nombre bajo el amparo de un título profesional, y en ese caso permaneceríamos indiferentes al movimiento revolucionario que acababa de iniciarse, ó abandonábamos los estudios para lanzarnos á la revolución, y entonces demostrábamos con ese solo hecho nuestra conformidad con los principios en que ella se basaba y nuestra simpatía hacia el jefe que la encabezaba. Sin vacilar optamos por lo segundo.

Tal vez nuestra falta de experiencia y nuestro juvenil entusiasmo nos hacían ver las cosas con los más brillantes colores y bajo el prisma más halagador. Como quiera que haya sido, el paso estaba dado y sin vacilación seguimos adelante.

*
* *

—Bueno, pero ahora ¿para dónde te diriges?

—Algunos amigos me han invitado para el cercano pueblo de San Agustín.

—Lo mismo pasa conmigo.

—Me han dicho que allí es el punto donde debemos reunirnos para dar el grito de rebelión.

—Igual cosa me han dicho á mí.

—Entonces seguiremos juntos nuestro camino ya que la casualidad ha hecho que nos encontrásemos.

—Aparte de que somos compañeros de colegio, que ambos tenemos un mismo parecer por lo que respecta al actual orden de cosas, y que

—Y que sin vacilación hemos abandonado los estudios y nuestra tranquilidad en el seno de la familia.

—Lo que ciertamente ya es un mérito que se nos tendrá en cuenta cuando triunfante la revolución nuestros servicios sean reconocidos.

—Sigamos pues adelante, pero ante todo, ¿qué armas traes?

—Yo ninguna, ¿y tú?

—Tampoco traigo nada, pero me han asegurado que en San Agustín se nos armará á todos y se nos darán caballos.

—Lo mismo me han asegurado á mí.

—Y en cuanto á dinero, ¿cómo te encuentras?

—Apenas he podido reunir veinte reales

con lo que me dió el encuadernador D. Narciso Agredano por unos libros que le vendí y con algo que yo traía en la bolsa. ¿Y tú?

—Yo sólo conseguí que me prestaran tres pesos por mi reloj.

—Creo que con ésto tendremos lo bastante para comenzar.

—Pues adelante y que Dios sea con nosotros.

—¡Adelante!

*
*
*

Después de algunas horas de camino llegamos á San Agustín, pueblo situado á cinco ó seis leguas al Sur de Guadalajara. Allí nos encontramos con varios compañeros y amigos que nos presentaron con la autoridad política del lugar, quien simpatizaba con la revolución y andaba dando pasos encaminados á lanzarse á ella, aunque con ciertas reservas.

En la reunión que tuvimos para tratar del asunto que allí nos llevaba, después de algunas discusiones se acordó que á la siguiente noche daríamos el grito de rebelión. Los allí reunidos nos dividiríamos en dos grupos: uno se dirigiría á la cárcel á fin de capturar á la guardia y apoderarse de sus armas, y el otro aparentaría sorprender en su casa á la autoridad política, á quien tomaría como

prisionera y nos la llevaríamos al abandonar el pueblo.

Después de combinado este plan se levantó el acta correspondiente y se escribió la proclama en la que secundábamos en todas sus partes el Plan de la Noria, firmando al calce todos los allí presentes que lo fuimos, aparte de la autoridad política, (1) los señores Feliciano Escobar, Tiburcio de la Peña, José M. García de León, Jesús Salcedo, Francisco Garibi, Carlos Tapia, este humilde servidor de ustedes, y dos ó tres más cuyos nombres no recuerdo.

Pero con sorpresa vimos que no había nada de las armas ni de los caballos de que se nos había hablado. De los que fuimos á sorprender á la guardia de la cárcel, apenas uno lle-

(1) Se llamaba Luis García; pero como al escribir estos Apuntes un amigo me hizo la observación de que dicha autoridad, que después fué nuestro primer jefe, no se llamaba Luis García sino Luis Rodríguez, por respetar la opinión de mi amigo no pongo arriba ningún nombre. Por si hubiera alguna duda, fácil habría sido subsanarla consultando el archivo del gobierno; pero en ese caso estos Apuntes perderían el mérito de la originalidad cuando se supiera que yo había estado consultando documentos oficiales, y mejor he querido que mi escrito conserve ese mérito, que para mí es el único que tiene, antes que poner el nombre de nuestro jefe, con cuya omisión sin embargo creo que en nada se perjudica la narración histórica.

vaba una escopeta de caza de dos cañones, otro iba armado con una hoz, y otro portaba un asador, pero uno de aquellos enormes asadores que se usaban antiguamente parecidos á los llamados verduguillos.

La guardia á quien sorprendimos se componía en aquel momento de solo cuatro hombres; y en cuanto á sus armas y municiones, no tenían más que dos inservibles mosquetes, dos bayonetas que parecían alcayatas, y una vieja canana con cinco cartuchos. Pero cabe decir aquí en honor de la verdad que estos cuatro hombres tomaron á lo serio la sorpresa, por no estar tal vez enterados de lo que se tramaba, é intentaron defenderse; pero pronto se vieron obligados á rendirse sin tener tiempo para disparar siquiera un solo tiro.

Naturalmente que con todo lo sucedido hubo alguna alarma en el pueblo, porque no faltaron carreras, gritos de "¡viva Porfirio Díaz!" y uno que otro disparo al aire. Esto aconteció entre siete y ocho de la noche y á la misma hora abandonamos el pueblo para remontarnos en el cerro más inmediato, considerando que luego habría de ponerse en persecución nuestra la fuerza que estaba en la Casa Fuerte. Inútil parece decir que desde aquel momento la persona que representaba la autoridad política de San Agustín, dejó de ser nuestra prisionera para convertirse en nuestro jefe nato.

La noche la pasamos con la consiguiente zozobra, y al otro día comentábamos nuestra primer hazaña sentados tranquilamente á la sombra de los árboles en lo más espeso y elevado de la montaña.

* * *

—¿Qué tal principio de cuentas, chico?

—No estuvo tan malo para ser un principio, pero lo que me ha llamado la atención es que nuestro jefe haya aparentado aquello de la sorpresa y su consiguiente captura.

—Sus razones tendría para hacerlo.

—Pero entonces, ¿cómo se explica que en la acta que firmamos aparezca él como encabezando nuestro pronunciamiento?

—No lo sé, pero repito que sus razones tendría para obrar así, y nosotros como sus subordinados no podemos ni debemos hacer comentarios sobre el asunto.

—Y en cuanto á las armas que se nos prometieron, ¿tampoco podemos decir nada?

—Pues, chico, reclámaselas al jefe y verás como luego te despacha á que vayas á quitárselas al enemigo.

—Ya quisiera que fuera en el acto.

—Paciencia, hombre, paciencia!

—Pero si nos hemos lanzado á la lucha, claro es que ha de haber sido para luchar.

—Siento decírtelo, pero la verdad es que de estas cosas no conoces de la misa la media, por más que en el colegio hayas obtenido siempre las mejores calificaciones.

—Todo puede ser, pero ¿no te parece que estamos haciendo un papel muy ridículo ocultos entre estos matorrales?

—Lo que me parece es que un abogado te ganará en leyes, pero no en contradicciones.

—Contradicciones que no carecen de razón.

—Pues ahora mismo voy á probarte lo contrario.

—Véamoslo.

—En primer lugar, nuestro levantamiento ha sido del todo aislado. Quiero decir con esto que para llevarlo á cabo, no hemos contado con el apoyo de ninguna fuerza militar. Si con nosotros se hubiera pronunciado todo un batallón de infantería ó un regimiento de caballería, desde luego nos encontraríamos bastante fuertes para meternos á cualquier punto de importancia y para hacer frente al enemigo donde quiera.

—¿Y en segundo lugar?

—En segundo lugar, la mayoría de nosotros la componemos puros estudiantes y artesanos que nada sabemos, entendiéndolo bien, nada sabemos del arte de la guerra.

—Creo que no sería necesario que todos nosotros fuésemos unas lumbreras por lo que

hace á conocimientos militares, pero ¿y en tercer lugar?

—En tercer lugar, ninguno de nosotros se halla armado, y sería una temeridad que sin armas nos aventurásemos á tener un encuentro con el enemigo.

—Cierto que no tenemos armas, pero creo que nos bastaría el arrojo y la decisión de que se han servido nuestros héroes para formar su pedestal de gloria.

—¿Y querrías acaso ir á luchar con el enemigo á bofetada limpia, por más que te sobrase el arrojo y la decisión de que haces mérito?

—Bueno, ¿y en cuarto lugar?

—¡Silencio, que allí viene nuestro jefe!

* * *

Una vez llevado á cabo nuestro levantamiento como ya queda dicho antes, nos internamos en lo más espeso de la sierra sin atrevernos á presentarnos en el rancho de menor importancia. Al ganar el monte fueron enviados por nuestro jefe dos comisionados á Mascota, en donde por entonces tenía su cuartel general el General en Jefe de las fuerzas pronunciadas en Jalisco. Esos comisionados, que lo fueron los Sres. Feliciano Escobar y Tiburcio de la Peña, los únicos que entre nosotros, aparte de nuestro jefe, andaban montados y

mejor armados, eran portadores de varios pliegos que fácil era suponer serían los relativos á dar parte de nuestro levantamiento al superior, la acta de adhesión, etc. Con la partida de esos compañeros nosotros quedamos más imposibilitados aun para nuestra propia defensa, ya que por entonces nos era imposible tomar la ofensiva.

Entre nosotros no había más militar, aparte del jefe, que es de suponerse que lo era cuando se daba el título de Coronel, que el Capitán García de León, del que decían que en tiempo de los franceses había servido en el llamado "Regimiento de la Emperatriz." De los demás, unos éramos estudiantes y otros artesanos que por primera vez tomábamos parte en semejantes aventuras, y no teníamos ni la experiencia que razona ni el cálculo que dirige, y todos andábamos á pie y sin armas. Los dos mosquetes roñosos que quitamos á la guardia de la cárcel no servían para nada, la canana aquella había quedado olvidada no se sabía donde, la escopeta de caza de que se ha hablado no tenía tiros: nos quedaban solo la famosa hoz, el terrible asador aquel, y las dos bayonetas que sin funda pendían risiblemente de la cintura de quienes las portaban. Tales éramos los combatientes y tales eran los elementos de combate con que contábamos para desafiar al enemigo.

Como se ve, nuestra situación era en extremo crítica. Y á esto había que agregar la falta absoluta de provisiones de boca. Así es que, naturalmente, tal situación tenía de mal humor á varios de nosotros, y aun se escuchaban por lo bajo algunas murmuraciones; pero después de todo, ¿qué podíamos hacer para salir de semejante estado de cosas? Al fin logramos matar un novillo y su carne hecha tasajos, salada y expuesta al sol era lo único que nos servía de alimento. Pero en cambio teníamos de sobra mucho entusiasmo, ciertamente, y eso era lo que nos sostenía en aquellas excepcionales circunstancias y lo que nos daba fuerzas y valor para soportar tan terribles pruebas.

*
*
*

—¿Qué pecadillos estaremos purgando cuando pasamos por tales sufrimientos?

—No lo sé, pero estas soledades son muy á propósito para que hagas tu examen de conciencia.

—Chico, ¿te burlas?

—No, solamente respondo á tu pregunta.

—¿Pero quién se refiere á la conciencia que hay que examinar?

—Quién habla de pecados que piensa estar purgando.

—Pero á lo menos convendrás conmigo en que no hemos venido aquí como se va á una tanda de ejercicios espirituales.

—Casi, casi.

—¿Cómo es eso?

—Me explicaré: aquí hemos venido, como se va allá, por nuestra propia voluntad.

—Es cierto.

—Aquí estamos sujetos á privaciones y sufrimientos, como dicen que lo están los ejercitantes.

—También es cierto; pero en fin, ¿cuál es la conclusión que quieres sacar de todo esto?

—La de que estamos en ejercicios.

—Pero hombre, parece que hoy estás de broma.

—No, lo que parece y más que parecerse llega á la realidad, es que el estado que guardamos está siendo para nosotros ni más ni menos que una tanda de ejercicios.

—¡Habrase visto!

—Claro, porque sin creer que estemos purgando algún pecado, luego se ve que estamos bajo la influencia de los trabajos, la abstinencia y otras cosas que me callo.

—Entonces creo que sería mejor decir de una vez que nos estamos ejercitando en los trabajos, la abstinencia y en las cosas que te callas.

—Ciertamente, y á esa deducción quería llevarte por analogía.

—De todos modos, esto ya se está haciendo demasiado pesado.

—Pero que nos servirá de mucho en la nueva senda que vamos á seguir, pues no me negarás que la vida de campaña es una vida de trabajos y sufrimientos que requiere verdadera abnegación, y para todo esto hay que ejercitarse.

—Tienes razón, y por lo tanto convengo en que nos estamos ejercitando para sobrellevar esa vida como es debido.

—¡Fuego!

—¡Fuego!

*
*
*

Mientras nosotros comentábamos como podíamos la precaria vida que llevábamos, nuestros compañeros de trabajos é infortunios hacían por la suya cuanto les era dable hacer en aquellas circunstancias y entre aquellos barrancos. Habíanse algunos sentado al rededor de una pequeña lumbrada hecha con el objeto de asar en ella sus tasajos de carne, y ya sea por descuido ó porque el viento hubiese arrastrado alguna chispa, el hecho es que comenzó á incendiarse el pasto. Como por encanto cundió la alarma, y como por lo mismo

el fuego cundía de una manera asombrosa, para lo cual contribuían poderosamente el aire por un lado y la resequedad de las materias inflamables por el otro.

El hecho en sí mismo no habría tenido novedad alguna en otras circunstancias, pero en las que nos encontrábamos sí era de mucha significación; porque elevándose el humo á bastante altura para ser visto de las poblaciones inmediatas, venía á denunciar nuestra presencia en aquel lugar. Así es que pasada la primera impresión del momento, y dándonos el ejemplo nuestro jefe, procedimos á sofocar el incendio.

Tan violento como lo requería el caso cortamos algunos ramajos y con ellos comenzamos á azotar el suelo á fin de impedir que el fuego siguiera propagándose. Los que no pudieron hacerse de una rama de árbol para convertirla en “máquina extinguidora de incendios,” hacían uso de sus sombreros ó de sus ropas de vestir para maniobrar con ellas como mejor podían. Al fin logramos aislar en una pequeña zona el elemento devorador, y entonces nuestros esfuerzos fueron encaminados á sofocarlo por completo, lo que conseguimos con no poca fatiga. Poco después, cansados y sudorosos, teniendo á la vista aquellas cenizas aún humeantes, celebrábamos con risas y comentarios aquel insidente que por un

momento vino á turbar la monotonía y el silencio de aquellas soledades.

*
*
*

—Chico, esto ya me parece de mal agüero.

—Y para mí es de buen augurio.

—¿Después de haber sucedido precisamente cuando cumplimos siete días de estar ocultos por aquí?

—¿Y qué tiene que ver en esto el siete? ¿Acaso participas de la superstición que algunos tienen acerca de ese número?

—Será superstición ó lo que tú quieras, pero la verdad es que esta coincidencia ya me parece sospechosa.

—Lo que yo sospecho es que tal vez por efecto del sol estás perdiendo la vista.

—Pero si puedo leer una carta á media noche.

—Con luz, no lo dudo.

—Y sin ella también.

—Entonces, ¿cómo es que con tan buenos ojos, y á la luz del día, no hayas visto que nuestro jefe echó en la lumbre un haz de yerbajos secos.

—Sí que lo ví; ¿pero qué tiene esto de particular cuando el mismo jefe estaba asando su tasajo de carne seca?

—Pues la particularidad que encierra ese

hecho en sí mismo tan sencillo, es que al hacerlo nuestro jefe ya tenía su cierta intención.

—¿Me irás á decir ahora que intentaba asarnos á todos en el monte?

—No, pero sí que trataba de hacer una señal.

—¿Para qué?

—Para que se supiese dónde nos encontrábamos.

—Si así hubiera sido no habría demostrado tanto interés por sofocar el incendio.

—Y lo hizo así porque su objeto no era incendiar el monte, sino sólo hacer una señal probablemente de antemano convenida.

—¿Con quién?

—Con los comisionados que fueron á Mascota.

—¿Pero de dónde sacas esas cosas?

—Del hecho de que esos comisionados están á nuestra vista; míralos, allá vienen.

—¡Escobar, Peña!

*
*
*

Los comisionados que por nuestro jefe fueron enviados á Mascota, acompañados de un guía conocedor de aquellos terrenos, regresaron á nuestro campamento precisamente en aquel momento en que menos los esperábamos. Traían en su poder algunos oficios del

general en jefe de las fuerzas pronunciadas en Jalisco, que por entonces lo era el General Francisco Labastida. En esos documentos venían el reconocimiento de nosotros como partidarios y defensores de una misma causa; el reconocimiento y aceptación de nuestros nombramientos y empleos militares; la autorización á nuestro jefe para que con nosotros formase un cuerpo de caballería y procediera á proveerse de armas y caballos; y la orden para que bajando del cerro comenzásemos á expedicionar de acuerdo con las instrucciones del cuartel general.

Traían también una hojita suelta que se publicó en Mascota, en la que se noticiaba nuestro levantamiento y se nos tributaban elogios por nuestro arrojo para pronunciarnos en las goteras mismas de Guadalajara. Naturalmente, los conceptos emitidos en esa hojita halagaban demasiado nuestra vanidad de estudiantes *destripados*, pero convertidos entonces por nuestro juvenil entusiasmo en defensores de una causa que considerábamos justa. Como no llevaban más que dos ejemplares de la referida hojita, estos pasaban entre nosotros de mano en mano para leerlos repetidas veces y contemplar con satisfacción nuestros nombres impresos con letras de molde.

Fácil es comprender cuánto gusto nos daría el regreso de estos buenos amigos con quienes

ya nos ligaban los lazos de compañerismo y de confraternidad, tanto más cuanto que no esperábamos verlos tan pronto entre nosotros para que tomasen parte, ya fuese en nuestras fatigas y sufrimientos, ó ya en nuestros mutuos regocijos.

Bajamos, pues, del cerro tan pronto como nos fué posible, hechos una lástima ciertamente, pero rebosando en todos el contento y poseídos del mayor entusiasmo porque ya íbamos á entrar en acción, tomando desde luego nuestra existencia de pronunciados una faz enteramente distinta de la que hasta entonces había tenido.

* * *

—Ahora sí, parece que hemos terminado.

—Al contrario, ahora vamos á comenzar.

—Iremos á comenzar nuestra vida de combate, pero no me negarás que todos nuestros trabajos y sufrimientos han concluido, una vez que ya bajamos del cerro.

—Ojalá que así fuera, pero es todo lo contrario.

—¿Quiéres decir que volveremos á los sufrimientos que teníamos en el cerro?

—A los mismos, aunque diferentes.

—Entonces mejor habría sido que no hubiéramos bajado de allá.